

Instituto de Investigaciones Gino Germani

VI Jornadas de Jóvenes Investigadores

10, 11 y 12 de noviembre de 2011

Fernando M. Gallego

UBA/CONICET¹

fernandomartingallego@yahoo.com.ar

Eje 9. Teorías. Epistemologías. Metodologías.

La problematización deleuziana del conocimiento en su lectura de Spinoza

Resumen breve (166): La formulación de la epistemología deleuziana, la elaboración de su concepto de ciencia así como también su concepción del producto de lo científico en términos de “functores”, resultan inescindibles de un largo trabajo subterráneo que, a lo largo de sus diversos trabajos monográficos dedicados al estudio del pensamiento de otros filósofos, prepara algunas de las propuestas centrales de la filosofía de la ciencia posteriormente desarrollada en *¿Qué es la filosofía?* De cara a este largo trabajo preparatorio y con el objeto de intentar precisar algunas de las principales contribuciones epistemológicas que se siguen de la realización de los estudios monográficos deleuzianos, la propuesta de la presente comunicación reside en repasar la serie de cuestiones en virtud de las cuales su lectura de la obra de Spinoza le permite a G. Deleuze reformular radicalmente la concepción del conocimiento científico en términos de experimentación, a partir del problema de la inadecuación y más allá del doble vínculo anidado en la falsa alternancia entre lo representativo y lo impuesto.

¹ Profesor en Filosofía (FFyL, UBA). Doctor en Ciencias Sociales (FSC, UBA). Becario Posdoctoral CONICET (2011-2013). Jefe de Trabajos Prácticos de la materia *Epistemología y Métodos de la Investigación Social*, FFyL, UBA. Profesor Adjunto de la materia *Introducción al Pensamiento Científico*, CBC, UBA.

Conformarse con contestar la tendencia que asimila lo científico a una práctica de la reconocimiento en la invención de un concepto de ciencia que la concibe como un acto creador del pensamiento radicalmente distinto de cualquier tipo de conocimiento supone el riesgo de sacrificar en el altar de la especulación un rasgo central del espíritu científico moderno: su afirmación de lo experimental y de la experimentación. En efecto, si aquello que se desea es afirmar la potencia científica de creación en un sentido que trascienda el dominio de la mera especulación, no basta con permitirse concebir lo científico en términos de pensamiento: resulta necesario además avanzar en la elaboración de una concepción del conocimiento que ya no tienda por principio a confundirlo con el ejercicio del acto de representación.

No otro es el movimiento que permite al proyecto deleuziano sustraerse respecto de los efectos no deseados que parecen acompañar la concepción de la ciencia en términos de puro pensamiento, un movimiento que encuentra su punto de inicio en la lectura de la obra de B. Spinoza y, más precisamente, en su reformulación expresionista del problema de la cognición. Aun así, el recurso a B. Spinoza no sólo permite a G. Deleuze sentar las bases de su concepción del conocimiento científico sino también distanciar su filosofía de la ciencia respecto de un tercer *doble vínculo* que signa la dinámica bipolar del campo del debate contemporáneo: se cree que la única alternativa ante un conocimiento que resulta valioso sólo en tanto logra reproducir perfectamente la esencia de la cosa conocida reside en un acto de conocer capaz de imponer a la cosa una forma que le resulta por completo ajena pero a la que ésta resulta incapaz de resistirse, se supone que la verdadera superación de la representación sólo puede ser realizada en función de la afirmación de la necesidad de la imposición, del compromiso con la práctica de la proyección y, en el límite, de la aceptación de la dominación en tanto que esencia del movimiento del conocimiento.

De cara a este doble vínculo, el aporte central que la lectura de la obra spinocista realiza a la constitución del proyecto epistemológico deleuziano puede ser resumido en lo siguiente: permite a G. Deleuze elaborar una concepción del conocimiento científico a la altura de su problematización del pensamiento científico y, correlativamente, distanciar el propio conocer respecto de aquella zona de indistinción que supone su confusión con la representación. Bajo esta condición, el problema del conocimiento ya no reside en el error, no depende de calcular mal las posibilidades de una imposición y, menos aún, de elaborar incorrectamente una cierta copia formal de lo visto; el *problema* del conocimiento reside en la inadecuación, una inadecuación que comporta tres caras: lo indicativo, lo imperativo y lo interpretativo. Se confunde el conocimiento con la visión, con una mirada, con la

imaginación, con la impresión;² se identifica el conocimiento con la autoridad, con el deber, con una orden, con la obediencia;³ se asimila el conocer a la creencia, a la suposición, a una proyección, a la elaboración de una mera ficción.⁴

Entendido en este sentido, el problema a la base del conocimiento viene a coincidir con la manera en que pensamos cómo conocemos, con la concepción inadecuada que nos damos del conocimiento. Solucionar un problema tal supone, por tanto, acceder a la capacidad de elaborar, *en el pensamiento*, una idea del conocimiento que entienda al conocer como algo distinto de la mera elaboración de ficciones, que ya no confunda su actividad con el acto de una imposición y que resulte capaz de distinguir su finalidad de la tendencia a elaborar meras formas psicológicas de la impresión. Lo que es aún más importante, remitido a la posibilidad de elaborar esta solución, el encuentro del pensamiento epistemológico deleuziano con el legado spinocista, un encuentro que, en principio, parecía depender del despliegue de una indagación meramente conceptual (*i.e.*, ¿qué entender por conocimiento si el conocer ya no puede ser asimilado al representar?), tiende a desarrollarse según una cuestión metodológica precisa (*i.e.*, ¿cómo conocer si conocer no supone ya garantizar una cierta coordinación entre lo visto y aquello que puede ser pensado?) que duplica la exploración de un sentido no representativo del conocer en la necesidad de precisar un camino nuevo para el conocimiento.

En la reconstrucción deleuziana del pensamiento spinocista, dicho método supone tres grandes capítulos: un primer *capítulo reflexivo*⁵ que permite emplazar la meta del pensamiento no en el conocimiento de alguna cosa sino en la comprensión de nuestra propia potencia de conocer y, correlativamente, precisar que la forma de la idea del conocimiento en el pensamiento no es la indicación sino la explicación; un segundo *capítulo genético*⁶ que establece como medio del pensamiento no tanto la elaboración de ficciones como la remisión de las ideas producidas a aquella causa que permite dar cuenta de su producción y *emplaza la verdadera materia de lo ideal en la expresión* y no ya en la representación; y un último *capítulo unitario*⁷ que precisa la condición última de la unificación de la forma y la materia de la idea en el pensamiento: las ideas no son producidas por el individuo en tanto voluntad libre y creadora sino *en* el individuo o, lo que es lo mismo, en nosotros en tanto que autómatas espirituales.

² Deleuze, G. (2008). *En medio de Spinoza*. 2ª ed. Buenos Aires: Cactus, p. 296.

³ Deleuze, G. (2008), p. 252.

⁴ Deleuze, G. (2008), p. 296.

⁵ Deleuze, G. (1996). *Spinoza y el problema de la expresión*. Barcelona: Muchnik Editores, p. 123.

⁶ Deleuze, G. (1996), p. 134.

⁷ Deleuze, G. (1996), p. 135.

Considerado en el primero de sus capítulos, el método no dirige el pensamiento hacia el conocimiento de algo, tampoco le permite adquirir una idea nueva; concentra su atención en una idea que éste ya posee⁸ y, en ese mismo movimiento, nos permite acceder a la comprensión de nuestra propia potencia de conocer.⁹ Entendido en este sentido, el método supone ya la posesión de una idea verdadera cualquiera:¹⁰ no produce la verdad de la idea, tampoco busca desrealizar la verdad en la imagen o impresión. La imagen es una verdadera impresión. La cuestión, en efecto, no es esa sino saber si la forma verdadera de la idea coincide o no con la relación de indicación que ésta tiende a establecer con la impresión. Remitido a este punto, el sentido de la reflexión metodológica tiende a tornarse evidente: conocer no es reflejar una impresión sino precisar en la idea de esa impresión las condiciones de verdad de la imagen percibida o, lo que es lo mismo, aquella causa en virtud de la cual la imagen resulta verdaderamente vista en tanto es percibida. El método reflexiona el conocimiento: se parte de una idea verdadera cualquiera,¹¹ se explora en dicha idea la forma de la verdad,¹² se precisa que esa forma no reside en la indicación de la imagen sino en la explicación de la causa que genera tanto la imagen como la idea.¹³ Así, a fin de garantizar que la idea no venga a confundirse con una mera indicación de la impresión, el capítulo reflexivo del método encuentra su punto de partida en la elaboración de una idea de la idea que permite suponer que la razón de las ideas en el pensamiento no reside en la imagen percibida sino en otras ideas y, bajo esta condición, que sólo la existencia de la idea puede ser considerada como la causa explicativa de la existencia de otras ideas.

Referido a su dimensión genética, el método desplaza la atención del pensamiento desde la forma de la idea hacia la consideración de su materia con el objeto de definir no ya la meta del pensar sino sus medios¹⁴ y, por ello mismo, el conjunto de condiciones en virtud de las cuales la idea de la idea supuesta por el movimiento de la reflexión puede ser considerada no sólo como verdadera sino también como adecuada respecto de aquella razón que expresa.¹⁵ Dos aspectos se distinguen entonces en la idea: por una parte, la idea verdadera en tanto idea explicativa que permite distinguir el conocimiento del reconocimiento en tanto ya no se confunde con una mera indicación de la imagen sino con una cierta capacidad de dar cuenta

⁸ Deleuze, G. (1996), p. 125.

⁹ Deleuze, G. (1996), p. 123.

¹⁰ Deleuze, G. (1996), p. 125.

¹¹ Deleuze, G. (1996), p. 128.

¹² Deleuze, G. (1996), p. 127.

¹³ Deleuze, G. (1996), p. 149.

¹⁴ Deleuze, G. (1996), p. 130.

¹⁵ Deleuze, G. (1996), p. 134.

de la causa de la imagen; por otra, la idea adecuada en tanto idea expresiva que emerge directamente a partir de la causa de la imagen, expresa su propia causa¹⁶ y no puede ser ya confundida con una instancia de representación de la cosa tras la imagen.

Al respecto, el paso desde la idea *verdadera* hacia la idea *adecuada* abre al método la posibilidad de conjurar el carácter, en principio, ficticio de aquella suposición de la que ha partido, a saber: que la idea resultaba formalmente verdadera no en tanto indicaba un ser semejante a la imagen percibida sino en tanto permitía explicar aquella idea que la causaba.¹⁷ Pero un paso tal difícilmente puede realizarse sin resolver primero un nuevo problema: aun cuando contamos con verdaderas ideas, las ideas adecuadas nunca nos resultan inmediatamente dadas y todo hace creer que nunca podrán serlo. Lo que tenemos –y eso sólo en virtud de la ficción de la idea de la idea- es un conjunto de ideas *inadecuadas*, esto es, una serie de imágenes que, aun cuando resultan verdaderas, no vienen a presentarse sino como doblemente privadas de conocimiento: desconocen no sólo su causa formal a la cual tienden a confundir con una cierta naturaleza oculta del objeto que nos afecta, sino también su verdadera causa material, la cual tienden a identificar con nosotros mismos.¹⁸ De esta manera, cuando nuestras ideas verdaderas no se confunden con meras imágenes es porque tienden a presentarse a sí mismas como simples ficciones generales y abstractas. En otras palabras, cuando la forma de la idea deja de asimilarse a la indicación es sólo para reducir su materia a una mera ficción de la representación.

Resolver este nuevo problema supone considerar a la idea no sólo como logrando dar cuenta de su causa sino también como siendo capaz de expresar aquel ser que la genera: a fin de permitir un verdadero conocimiento, la idea no sólo debe resultar explicativa, debe además ser *expresiva*. Entendido en este sentido, el obstáculo que el capítulo genético del método debe afrontar no reside tanto en el hecho de que sólo tengamos ideas inadecuadas sino en que el pensamiento difícilmente podría permitirnos conocer si primero no lograra precisar un camino en función del cual resultamos efectivamente capaces de acceder a la posesión de una idea adecuada¹⁹ o, lo que es lo mismo, de una idea que, en tanto es más que una mera ficción, nos permite arrancar al azar las ocurrencias de pensamiento verdadero que tenemos en tanto nos permite acceder al conocimiento del modo en función del cual las propias impresiones resulta generadas.²⁰

¹⁶ Deleuze, G. (1996), p. 128.

¹⁷ Deleuze, G. (1996), p. 130.

¹⁸ Deleuze, G. (1996), p. 143.

¹⁹ Deleuze, G. (1996), p. 144.

²⁰ Deleuze, G. (1996), p. 128.

Al respecto, esta y no otra es la cuestión en virtud de la cual resulta posible sostener que si bien el método pasa por una ficción, no puede realizarse en la producción de una mera ficción:²¹ se supone la idea de ser a fin de corregir el sentido de la forma de la idea verdadera, no con el objeto de inventar un mundo detrás de las percepciones que resultan correlativas a nuestras ideas. Aun así, sólo en el momento en que el método logra verdaderamente alcanzar aquel ser que supone a la base de la idea pueden el propio conocimiento y las ideas que éste supone dejar de ser confundidos, el primero, con una simple agencia de la representación y, las segundas, con meras abstracciones, ficciones o entes de razón.²² De esta manera, si a fin de lograr constituirse en tanto que explicativa y ya no como indicativa, la idea del conocimiento debe emplazar su causa no tanto en la imagen o la impresión como en otra idea, a fin de sustraerse respecto de la representación y erigirse en tanto que idea expresiva, la idea no puede más que identificar aquello que la causa con la noción de un ser que oficia, simultáneamente, como condición de su propia generación y como razón suficiente de la totalidad de las propiedades que pueden ser conocidas en la imagen de la cosa.²³ Entendida bajo esta condición, la idea de la cosa expresa su causa cuando la propia definición de la cosa expresa la génesis de lo definido²⁴ y la idea adecuada es la idea expresiva, la idea que resulta capaz de expresar su propia causa y, por tanto, de expresar al ser como determinando esa causa:²⁵ tenemos una idea adecuada del objeto de conocimiento cuando alcanzamos una definición genética capaz de derivar todas sus propiedades conocidas.²⁶

Llegados a este punto, el problema se desplaza al hecho de que nuestro conocimiento del ser no puede sino resultar doblemente limitado: no sólo porque no lo conocemos enteramente sino además porque desconocemos la manera en que aquello que podemos conocer del ser viene a encontrarse comprendido en su unidad.²⁷ En efecto, que podamos concebir la idea de ser como causando al resto de las ideas no quita que seamos incapaces de dar cuenta, no sólo de la real concatenación que vincula a las ideas unas respecto de otras, sino también de la vinculación que el propio pensamiento, entendido en tanto que potencia de la idea, tiene con el ser. Al respecto, el problema no reside ya en que las ideas tiendan siempre a representar alguna cosa sino en saber si efectivamente expresan algo y qué es aquello que

²¹ Deleuze, G. (1996), p. 132.

²² Deleuze, G. (1996), p. 133.

²³ Deleuze, G. (1996), p. 135.

²⁴ Deleuze, G. (1996), p. 130.

²⁵ Deleuze, G. (1996), p. 134.

²⁶ Deleuze, G. (1996), p. 129.

²⁷ Deleuze, G. (1996), p. 137.

expresan.²⁸ No otra es la razón por la cual, si bien con el objeto de garantizar el devenir expresivo de la idea debemos acceder lo más rápidamente posible al ser, a fin de lograr acceder efectivamente al ser, nos vemos obligados a recurrir a un cierto tipo de ideas que -aun cuando no pueden ser confundidas con las ideas inadecuadas de la indicación y, menos aún, asimiladas al conjunto de nociones que podrían ofrecernos una representación de la esencia de aquello que es- bien pueden permitirnos comprender la manera en que una idea cualquiera y, por ello mismo, también la *propia potencia de pensar*, se articulan con el *ser*.

Al respecto, acceder a este segundo tipo de ideas (*i.e.*, las nociones comunes), supone revisar nuestra concepción de la idea inadecuada y distinguir en la misma dos aspectos diversos que permiten preparar el paso hacia la idea adecuada: la privación del conocimiento de la causa que engloba o supone, y la positividad que comporta en tanto resulta concebida como un efecto que engloba, de alguna manera, esa causa.²⁹ Lo importante es esto: remitida a esta distinción, la idea inadecuada ya no puede ser considerada ni como una privación absoluta ni como una completa ignorancia. Considerada bajo su segundo aspecto, la idea inadecuada contiene algo de positivo: no sólo supone algo, una cierta relación bajo la cual se es afectado sino que, además, sabe algo, conoce la imagen que se efectúa en función de dicha relación de afección. En este sentido, si el problema formal de la idea reside en su tendencia a asimilarse a la mera indicación de un estado que se desentiende de la búsqueda de una razón, a confundirse con la abstracción de una apariencia que no permite aún explicitar la existencia de una naturaleza y, en definitiva, a presentarse como dependiendo de un azar que obliga a reducir el conocimiento al reconocimiento,³⁰ su problema material se emplaza en otra parte: en la incapacidad de apreciar que la idea nunca es exclusivamente representativa, que en tanto es, *la idea es representativa pero también expresiva*.³¹

Pero atender a los dos aspectos de la idea inadecuada, no sólo permite descubrir en la misma algo positivo: su capacidad de indicar una cierta relación que es como la diferencia entre dos cuerpos o dos ideas; permite además concentrar nuestra atención sobre la relación que constituye dicha positividad y, bajo esa condición, avanzar en la elaboración de una idea adecuada no sólo de la causa de la idea sino también del ser en la causa de la idea:³² la causa de la idea es una cierta diferencia entre cuerpos o ideas y el ser en dicha causa es un encuentro, una composición. De esta manera, atender a la positividad de relación en la idea

²⁸ Deleuze, G. (1996), p. 133.

²⁹ Deleuze, G. (1996), p. 145.

³⁰ Deleuze, G. (1996), p. 143.

³¹ Deleuze, G. (1996), p. 125.

³² Deleuze, G. (1996), p. 145.

inadecuada permite elaborar un nuevo tipo de idea, permite formar la idea de una cierta relación diferencial que resulta común al afectante y al afectado, elaborar una “noción común” que es en nuestro pensamiento de la misma manera en que se encuentra en el ser y que puede ser considerada como la causa de nuestra imagen o idea de afección.³³

Remitida a este nuevo tipo de idea, la adecuación que es la materia de lo verdadero deja de poder ser confundida con la existencia de una correspondencia entre la idea y el objeto que representa³⁴ y, menos aún, con la capacidad de dar cuenta del todo del ser y pasa a depender de la existencia de una cierta conveniencia entre la idea y aquello que ésta expresa y, por tanto, de la capacidad del pensamiento de emplazarse en el todo del ser de la misma manera en que se emplaza en la parte.³⁵ No otro es, en efecto, el requerimiento de la adecuación: la existencia en el ser de algo común al todo y a la parte³⁶ o, lo que es lo mismo, la captación de una cierta diferencia que, en tanto composición, puede ser entendida como ser y, por tanto, como causa inmanente del efecto³⁷ y, en tanto relación, puede ser considerada como pensamiento que es de la misma manera en el todo y entre las partes.³⁸

Sea como fuere, la elaboración de la noción común no sólo conduce a precisar el sentido del carácter expresivo en la idea verdadera; permite además explicitar la propia dinámica explicativa del conocimiento: si bien en la idea el conocimiento del efecto depende del conocimiento de la causa,³⁹ el paso desde el conocimiento del efecto al conocimiento de la causa no implica ni un salto hacia atrás ni una elevación por sobre la impresión. Conocer es pasar del efecto a la causa pero pasar del efecto a la causa no supone ni elevarse por encima del ser, ni disponerse detrás de su imagen sino, por el contrario, deslizarse hacia el medio de los cuerpos o las ideas y, bajo esa condición, elaborar aquella relación diferencial que puede ser considerada como la razón suficiente de la totalidad de las propiedades concebidas como poseídas por un cierto objeto de conocimiento.⁴⁰ Entendida a partir de esta condición, la ficción del conocimiento resulta doblemente superada: porque las cosas que conocemos en el ser pertenecen al ser en la misma forma que lo conocemos y porque nuestra potencia de conocer no puede ya ser concebida como siendo sino en tanto participa de una potencia

³³ Deleuze, G. (1996), p. 146.

³⁴ Deleuze, G. (1996), p. 127.

³⁵ Deleuze, G. (1996), p. 139.

³⁶ Deleuze, G. (1996), p. 138.

³⁷ Deleuze, G. (2008), p. 312.

³⁸ Deleuze, G. (2008), p. 313.

³⁹ Deleuze, G. (1996), p. 128.

⁴⁰ Deleuze, G. (1996), p. 129.

absoluta de pensar que se corresponde, punto por punto, relación a relación, con la idea de ser.⁴¹

De cualquier manera, que la idea emerja finalmente en tanto idea verdaderamente explicativa (*la causa de las ideas es la idea de ser, no la impresión de la imagen*) y expresiva (*cada idea es, en sí misma, una modificación del ser, no la instancia de su representación*), que permita conocer la génesis de la cosa definida y que logre conocerla en tanto resulta capaz de expresar aquel ser que es causa de la generación de la cosa, no supone que el propio conocimiento haya logrado alcanzar una plena comprensión del orden en la concatenación de las ideas o las cosas. Al respecto, no otro es el tercer nivel del problema de la inadecuación del conocimiento: trabajando con nuestras ideas, no sólo elidimos la explicación en la indicación, no sólo desatendemos la expresión en la promoción de la representación, tendemos además a considerar su propio ordenamiento, antes que como una cuestión de exploración y experimentación, bien como algo inmediatamente dado al conocimiento, bien como una concatenación que depende de nuestra voluntad.

Dispuesto ante esta tercera dimensión del problema de la inadecuación, el último capítulo del método se dirige a dar cuenta de la unidad de la forma y el contenido en la idea, de la unidad de la idea de la idea y de la idea adecuada, de la idea reflexiva y la idea expresiva, una unidad que sólo llega a manifestarse cuando todas las ideas se deducen las unas de las otras, materialmente, a partir de la idea de ser y, formalmente, bajo la sola potencia del pensar:⁴² una vez alcanzada la idea de ser, “las ideas se concatenan conforme a su contenido propio; pero también su contenido se encuentra determinado por esa concatenación”.⁴³ No es el ser en las cosas aquello que produce el orden en la concatenación de las ideas; tampoco es el individuo quien se encarga de garantizar la reproducción del orden de las cosas en el dominio del pensamiento. A partir de la idea de ser que es causa de las ideas, la producción de ideas viene a presentarse a sí misma como una instancia paralela de la producción de las cosas de la naturaleza. La concatenación de las ideas no copia, no representa la concatenación de las cosas apreciables en la extensión; reproduce automáticamente esa concatenación en tanto es uno y el mismo el principio que viene a hacer ser tanto a la idea como a la imagen de la cosa que resulta paralela a la idea.⁴⁴

Pero si el orden de las ideas es un efecto de producción, entonces el método no puede permitirse dar por supuesta la inmediata concatenación y el orden de las ideas en el

⁴¹ Deleuze, G. (1996), p. 138.

⁴² Deleuze, G. (1996), p. 135.

⁴³ Deleuze, G. (1996), p. 134.

⁴⁴ Deleuze, G. (1996), p. 133.

pensamiento; tampoco puede asignar dicha tarea a la libre voluntad del individuo que somos;⁴⁵ debe considerar esa concatenación y ese orden como algo por alcanzar.⁴⁶ Entendido en este sentido, el conocimiento de la concatenación de las ideas no puede ser sino el resultado de dirigir nuestra atención hacia los efectos de la experimentación con las propias ideas: accedemos al orden de las cosas sólo en tanto conocemos, en el propio pensamiento, el resultado de la experimentación con aquellas ideas que permiten dar cuenta de las causas de las cosas.

No otra es, en efecto, la razón en virtud de la cual el propio conocimiento tiende a presentarse como una cuestión de experimentación: la real concatenación de las ideas nunca está dada, es el resultado de una prueba derivada de atender en el pensamiento al desarrollo de las propias relaciones de composición. De esta manera, una concepción del conocimiento que, en principio, pareciera conducir a la elaboración de una comprensión meramente especulativa de lo científico, en verdad, supone todo lo contrario: una suerte de *empirismo radical*, la afirmación del propio pensar en tanto que dominio experimental y de experimentación, una experimentación del pensamiento que se sustrae del problema del delirio en su remisión a un ser diferencial y sienta las condiciones de la crítica de la relación entre la representación y su objeto no ya sobre el establecimiento de correspondencias conscientes y meramente psicológicas que sólo buscan precisarla sino sobre la denuncia de sus inadecuaciones (*i.e.*, elisión de la explicación en la indicación; confusión de la expresión con la representación; y consideración del orden conocido bien como algo dado, bien como un ordenamiento impuesto) y en la elaboración de otra concepción del propio conocimiento que el proyecto epistemológico deleuziano se complace en capturar en tanto supone que el acceso al

⁴⁵ Al respecto, remitido a la noción de individuo el problema de la inadecuación del conocimiento es simple: librado a sus fuerzas, el individuo que somos no sólo resulta incapaz de comprenderse como la causa formal de las ideas que tiene; tampoco logra constituirse en una instancia apta para dar cuenta de la elaboración de las ideas que permiten explicar la esencia de los cuerpos exteriores (Deleuze, G. (1996), p. 142). Al respecto, no otro es el motivo en función del cual la razón de la idea no debe ser buscada ni en la libre voluntad creadora individual, ni en la capacidad para imponer una cierta proyección sobre la realidad: el individuo que somos no tiene ideas que coinciden con las afecciones o modificaciones de la propia realidad sino ideas que indican esas afecciones o modificaciones (Deleuze, G. (1996), p. 141). Entendidas en este sentido, las ideas del individuo pensante que somos, aquello que habitualmente nos complacemos en denominar como “dato”, nuestras ideas *de* afección, no pueden ser asimiladas al verdadero producto del conocimiento sino que sólo pueden ser consideradas en tanto que meros índices, simples indicadores de un cierto estado de las relaciones de afección y de la composición de modificaciones en el ser (Deleuze, G. (1996), p. 142) y remiten antes que a la propia realidad de lo que es a una cierta conciencia de la realidad que resulta por sí misma incapaz de dar cuenta de la idea o la causa de la cosa en su ser.

⁴⁶ Deleuze, G. (1996), p. 131.

conocimiento científico supone el desplazamiento del propio pensamiento de la ciencia no hacia arriba de la percepción sino justamente hacia su medio.⁴⁷

Referido a esta *captura*, el conocimiento científico tiende entonces a presentarse según tres grandes dimensiones: como una interpretación que supone la remisión de la imagen o del signo a una cierta relación capaz de precisar las condiciones de emergencia de lo visto; como una razón que se orienta hacia la elaboración de la idea de una composición capaz de generar las definiciones de la constitución de lo visto; y como una intuición que permite concebir una esencia de lo mezclado en el compuesto y, bajo esa condición, tiende a maximizar la comprensión de las condiciones de lo visto y la generación de sus definiciones.⁴⁸ Todas las inadecuaciones de la concepción representacional del conocimiento resultan entonces desbordadas: un cierto funcionalismo cognitivo supera a la indicación en tanto supone la remisión de los efectos separados de la impresión a una cierta relación; una nueva función del conocimiento excede la autoridad en tanto remite lo conocido antes a una relación de composición (*i.e.*, noción común) que de imposición; una cierta diferencia en el funcionamiento del conocer lo distancia de la creencia en tanto conduce, antes que a proyectar una idea sobre lo visto, a elaborar una serie de esencias singulares que ofician como integrales de las relaciones de composición que dan cuenta de la emergencia de lo visto.⁴⁹

Al respecto, una concepción tal de la cognición no hace otra cosa que *preanunciar*, en su concepto de idea, el conjunto de rasgos que, años después, permitirán singularizar, en *¿Qué es la filosofía?*, la noción de *functor* o *caoides científica*: primero, su expresividad (antes que como una proyección sobre el ser, la idea científica debe ser considerada como *el efecto resultante de un cierto pensamiento singular que se corresponde con el ser de la cosa considerada*); segundo, su carácter explicativo (la idea científica es aquella noción del pensamiento que permite dar cuenta, no tanto de la capacidad para reconocer el aparecer del ser de la cosa como de las *condiciones que permiten dar cuenta de la variación en dicha aparición*); por último, su adecuación a la variabilidad de lo que es (la idea científica sólo accede a la plena expresión del ser considerado en la cosa en tanto *tiende a constituirse a sí misma bajo la forma de una relación diferencial o una variabilidad determinada*).

De cualquier manera, la captura operada por el proyecto epistemológico deleuziano sobre la concepción spinocista del conocimiento supone un límite preciso que depende, no tanto de la cuestión del infinito en acto y de su supuesta incompatibilidad con la teoría

⁴⁷ Deleuze, G. y Guattari, F. (2005). *¿Qué es la filosofía?*. Barcelona: Editorial Anagrama, 2005, p. 150.

⁴⁸ Deleuze, G. (2008), p. 320.

⁴⁹ Deleuze, G. (2008), pp. 306 y 316.

científica de las relaciones,⁵⁰ sino del hecho de que un conocimiento que se piensa -aun cuando sólo pueda ser pensado en términos de experimentación- no es aún un conocimiento que se hace y, subsecuentemente, que una ciencia que se piensa como conociendo no supone aún una ciencia que puede resultar concebida en tanto practicando el conocimiento. Dicho de otra manera, si bien es posible que, sólo en su recurso a la lectura spinocista, la ciencia creadora deleuziana logre asumirse como un conocimiento experimental, eso no quita que dicha concepción de la cognición científica resulte en sí misma insuficiente a la hora de intentar dar cuenta de la particular problemática que tiende a afectar el saber en tanto elemento práctico de lo científico: en el escenario conceptual y problemático aportado por el pensamiento de B. Spinoza a la epistemología deleuziana existe algo que obstaculiza la posibilidad de comprender las condiciones bajo las cuales una cierta experimentación cognitiva que, en principio, debería incitar la potencia creadora del pensamiento, tiende a ejercerse en un sentido totalmente contrario. Frente a esta cuestión, la diferencia spinocista entre lo expresado y lo designado -que resulta en sí misma incapaz de dar cuenta, no tanto de la distinción entre aquello que es y aquello que resulta visto, sino de la diferencia entre aquello que resulta científicamente visto y eso que la práctica de la ciencia sólo permite enunciar- difícilmente podría permitir al proyecto epistemológico deleuziano avanzar en la revisión de aquella convergencia que, al interior del dominio del saber y, por tanto, de la propia práctica científica, tiende a suscitarse entre el pensar y el poder. Profundizar el tratamiento de este cuarto ejercicio preparatorio de la filosofía de la ciencia deleuziana supone revisar las condiciones de su aproximación al pensamiento foucaultiano.

⁵⁰ Deleuze, G. (2008), p. 419.